

Jirones del quebranto

Sal de la carne esparcida.
Sal de la carne encrespada.
Clamor de machos y hembras
atravesando como un ciego sol
desde las mínimas hiedras de la sangre
hasta el helado silencio del acero.
Marejada de savia y llanto
rompiendo las escalas del tiempo
del dolor hacia la muerte.

Ay los golpes golpeadores
en la lucha que somos
sostenemos derrotados.
Ay los golpes golpeadores
de nuestro inevitable fin:
soledad y olvido en nosotros
ya rendidos cenicientos y podridos.
Ay angustia furia de los golpes.

Queremos acabar la destrucción
y caemos un poco aniquilados,
como pájaros iguales
abatidos en sus vuelos,
como ecos frutales
cuya voz no hallamos.

Enredadera funesta.
Ceñidora casa tierra.
Carozo de la nacida muerte.
Plenitud del día noche día.
Pulpa de la vida inútil.

Nosotros a diario te sabemos.
Sé yo mi sed atroz
Sé yo mi grito errado o cierto,
suspendido rostro
muerto de risa en el aire.
Sé yo mi desesperación
cubierto de barro y de besos.
Sé yo mi olor, ese olor en las calles,
traspasando las paredes
las ropas y los dedos.
Sé yo mi gusto, ese gusto que baja y hiere
mis esforzados miembros
y se agota en la fatiga,
y se obstina entre los labios.
Sé yo esa húmeda tibieza,
ese rescoldo,
esa mueca descarada.
Sé.
Sé yo mi sed atroz.

- - -

Calenturientos de hambre
estremecidos de ardor
nos buscamos vilmente
y reventamos frenéticos
al encontrarnos desnudos.

Levadura de amor inconsciente.
Segregación de raíces.
Delirio de flor mineral.
Doloridos origen y verbo.

JORGE RAUL LAFFORGUE

Bs. As., 1956